

Un pasado que no pasa. Persistencias y mutaciones del fascismo: diálogo con el historiador Francesco Filippi

The Past That Does Not Pass. Persistence and mutations of fascism: a conversation with the historian Francesco Filippi

Matteo Tomasoni

Universidad de Salamanca
Diacronie – Studi di Storia Contemporanea
matteo.tomasoni82@gmail.com

César Rina Simón

Universidad Nacional de Educación a Distancia
cesarrina@geo.uned.es

Recibido en junio de 2023

Aceptado en octubre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28399

RESUMEN

Entrevista a Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale Deina), autor de obras referenciales para comprender las pervivencias y mutaciones del fascismo ahora que cumple cien años de existencia: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) y *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), editada en castellano por la Editorial Prometeo en 2023.

Palabras clave: fascismo, memoria, populismo, discurso político, medios de comunicación.

ABSTRACT

Interview with Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale Deina), author of referential works that help to understand the persistence and mutations of fascism one hundred years after the Mussolini's takeover: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) and *Mussolini has fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), edited in Spanish by Editorial Prometeo in 2023.

Keywords: fascism, memory, populism, political speech, media.

Referencia

Tomasoni, M. y Rina Simón, C. (2024). Un pasado que no pasa. Persistencias y mutaciones del fascismo: diálogo con el historiador Francesco Filippi. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 87-124. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28399

La conmemoración del centenario de la marcha sobre Roma que abrió la llegada del fascismo al poder en Italia ha coincidido con la victoria electoral en ese mismo país de un partido de extrema derecha, cuya líder, Giorgia Meloni, había militado en su juventud en partidos comúnmente definidos como “nostálgicos” del fascismo: *Azione Studentesca* o el *Fronte della Gioventù*¹. En la última década se ha producido una transformación radical de las formas de hacer política a escala planetaria. Diversos acontecimientos coyunturales —crisis financiera, pandemia COVID-19, crisis migratoria o invasión de Ucrania— han generalizado las incertidumbres globales, situándonos en un nuevo período de crisis de las democracias parlamentarias y de extensión de los discursos extremistas, autoritarios y cercanos a los fascismos históricos, o al menos a algunas de sus facetas más simbólicas (Albanese y Del Hierro, 2018). A estos rasgos contextuales podríamos sumarle la generalización de una revolución antropológica propiciada por el uso masivo y continuo de internet y redes sociales, amplificadores de todo tipo de discursos, incluidos los fascistas —revolución antropológica que intentó crear el fascismo con los medios a su alcance y que hoy continúa siendo objeto de investigación (Bernhard y Klinkhammer, 2017)—. En la red, el conocimiento se presenta sin mecanismos intelectuales para discernir la verdad de la mentira, y el sesgo de confirmación propicia que las *Fake News* y la espectacularización de los debates —sobre todo los mediáticos— estimulen los nichos ideológicos. Walter Benjamin ya advirtió en *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*, hace casi un siglo, que el fascismo había propiciado una estetización de la política, había convertido la política en una experiencia estética a través de las emociones. Hoy consideramos como un riesgo común para los sistemas democráticos la preponderancia de lo emocional sobre lo racional.

La historiografía se encuentra dividida, no tanto en lo relativo a los perfiles ideológicos de estos movimientos, sino significativamente en cómo denominarlos y en cómo abordarlos desde posiciones democráticas, donde la defensa de las libertades entra en conflicto con la proliferación de discursos antidemocráticos. En relación a la terminología, se suceden debates bizantinos sobre cómo nombrar a la “cosa”, si fascismo, posfascismo, neofascismo. De hecho, casi todas las propuestas están asentadas sobre nociones teóricas bien planteadas y encuentran sus diferencias en

¹ Véase: Clarida Salvatori e Laura Martellini, “Giorgia Meloni, dal Fronte della Gioventù al trionfo alle elezioni: le tappe della carriera”, *Corriere della Sera*, 28/09/2022, URL: https://roma.corriere.it/cronaca/cards/giorgia-meloni-fronte-gioventu-trionfo-elezioni-tappe-carriera/militanza-giovanile-fdg-azione-studentesca_principale.shtml [consultado el 20 de enero de 2023].

la dimensión poliédrica de estos movimientos. El término “fascismo” parece haber superado la conceptualización de régimen adscrito a un tiempo y a un espacio determinado, si bien otros autores como Traverso (2018), Gentile (2018) o Rodrigo y Fuentes (2022) sostienen que no conviene su utilización por las sustanciales diferencias de los procesos y porque su uso indiscriminado para desacreditar al adversario político o para alentar la movilización en una situación de excepcionalidad puede implicar la banalización del fenómeno “fascista” y la pérdida de referentes en el hipotético caso de que el fascismo “verdadero” asumiera el poder. Estos autores sostienen que el fascismo debe mantenerse en la esfera que hace alusión sustantiva a determinados regímenes políticos, es decir, no emplearse como adjetivo descalificativo. El fenómeno, al calor de su extensión planetaria, ha recibido diferentes nombres. Para Forti (2021) estaríamos ante una “extrema derecha 2.0”; para Guisado y Bordel (2021), “derecha radical”; para Finchelstein (2017), formas de “neofascismo”; o, para Traverso (2018) y Sidera (2020), “posfascismo”.

El debate está servido pues igualmente no cabe duda de que ciertos instrumentos manipuladores del fascismo no murieron en 1945 (Straehle, 2022). Del mismo modo, la banalización del término no es exclusiva, pues otros como “libertad” (Canfora, 2008), “democracia” (Canfora 2004; 2003) o “pueblo” (Gentile, 2018) están igualmente sujetos a unos intensos usos políticos. Se pueden establecer incluso analogías —a modo de ensayo y no de respuestas unívocas— entre la crisis de las democracias parlamentarias del período de entreguerras y la actual.

Brutalización de la política, revisionismos historiográficos que dulcifican o reivindicar las dictaduras, batallas culturales, rearme de la memoria de los fascismos, radicalización de los postulados nacionales —nuevamente deterministas, racistas y esencialistas—, avance electoral o incluso victorias de partidos herederos del fascismo... “La historia nunca se repite, pero en ocasiones rima”, afirmó Mark Twain. Para tratar de entender estas y otras cuestiones desde el cauce de la historiografía, hemos entrevistado a Francesco Filippi, cuyas obras han generado una especial atención en torno a las continuidades de elementos fascistas o fascistizantes en la sociedad italiana y cuyas conclusiones son aplicables con matices al caso español. Este, en un contexto en el que la democracia se construyó con los límites marcados por unos imaginarios sociales forjados por una dictadura que gobernó el país y socializó en clave nacionalcatólica a la población española durante cuarenta años (Gallego, 2014; 2006).

El caso italiano, bien estructurado en el texto *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Filippi 2020), plantea una reflexión que se basa en dos pilares fundamentales: el problema de la sucesión del régimen fascista a la Italia republicana en los años de la posguerra y la cuestión de la difícil herencia ideológica caracterizada por el debate sobre la contextualización y, en algunos casos, la nostalgia hacia el fascismo. La obra de Filippi no llega en un momento cualquiera: como ya se ha comentado, el país transalpino está envuelto en un complicado entramado político en el que el auge de la extrema derecha con tintes nostálgicos está a la orden del día². Sin embargo, el autor no dirige su interés hacia la actualidad política, y por ende al surgimiento de movimientos afines al fascismo, sino más bien propone un detallado análisis sobre el debate público surgido tras el fin del fascismo histórico (Gentile, 2007; De Felice, 2001; Salvemini, 1966; Dogliani, 2016; De Luna, 2022). El objetivo es realizar un acercamiento a las formas y los métodos con los que el Estado italiano intentó hacer cuentas con el pasado durante los primeros años de la democracia, sin todavía encontrar la forma de penalizar o erradicar el fascismo de las instituciones y, sobre todo, de la política activa. No obstante, la pervivencia de esta ideología y su capacidad para adaptarse a los nuevos tiempos ha hecho que haya permanecido en la sociedad que surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Durante décadas, los estudiosos han intentado comprender y analizar este fenómeno político con objetividad, alejándose de *clichés* o tópicos que, en cierta medida, caracterizaron ese régimen (Finchelstein, 2020). Sin embargo, ha sido imposible obviar esa información ya que la cultura de masas surgida en la segunda posguerra acabó por banalizar — utilizando una conocida expresión arendtiana— el fascismo, redirigiendo la atención de los italianos hacia aquellos mitos que han perdurado hasta la actualidad: “*il buon italiano*” (el buen italiano) (Filippi, 2023) frente “*al cattivo tedesco*” (el mal alemán), o la célebre expresión “*mancò la fortuna, ma non il valore*” (faltó la suerte, pero no el valor). Todos ellos son claros ejemplos de cómo la sociedad de ese país ha sido incapaz, lo dice el autor en varias ocasiones, de hacer “cuentas con su propio pasado”, prefiriendo no hacerse cargo de la responsabilidad y de la necesidad de reflexionar sobre ello.

² Véanse las acusaciones dirigidas por la prensa italiana al senador Ignazio La Russa (del partido Fratelli d'Italia) sobre sus conocidas simpatías por la figura de Mussolini: Annalisa Girardi, “Ignazio La Russa dice che non butterà mai via i busti di Mussolini che tiene in casa”, *Fanpage*, 8/02/2023, URL: <https://www.fanpage.it/politica/ignazio-la-russa-dice-che-non-buttera-mai-via-i-busti-di-mussolini-che-tiene-in-casa/> [consultado el 25/02/2023].

Es importante constatar que la historiografía italiana ha retomado la “cuestión del fascismo” con fuerza a lo largo de las últimas décadas. Autores como Renzo de Felice (2001; 1981; 1978; 1975; 1974), Emilio Gentile (2007; 2002), Giovanni Sabatucci (2007), Giorgio Rochat (2008) y Enzo Traverso (2012), entre otros, han aportado con sus reflexiones un conocimiento más profundo y contextualizado del fascismo como fenómeno político y social. Además, las recientes generaciones también están siendo determinantes a la hora de aportar nuevas interpretaciones y hacer, cabe decirlo, un balance sobre la asimilación de una memoria histórica compartida. Es el caso de historiadores como Filippi, autor también de *Mussolini ha fatto anche cose buone* (2019), donde desmonta, uno por uno, los mitos que perduran sobre la figura del Duce o la supuesta herencia de orden y disciplina dejada por el régimen fascista. Pero no podemos olvidar las aportaciones de Carlo Greppi sobre el antifascismo, empezando por *Il buon tedesco* (2021), donde reflexiona sobre el fenómeno de la resistencia entre las filas de los soldados alemanes y austríacos en Italia durante la Segunda Guerra Mundial o su “guiño” a Francesco Filippi con el texto *L’antifascismo non serve più a niente* (2020a), en el que hace un llamamiento para que los valores del antifascismo —núcleo de la constitución italiana de 1946— no caigan en el olvido ante la peligrosa normalización con la que en la actualidad se hace referencia al fascismo. En línea con estos dos autores, cabe mencionar la fundamental obra de Eric Gobetti, *E allora le foibe?* (2023), que se adentra en una de las páginas más negras de la historia italiana que hoy en día sigue siendo el origen del debate sobre la herencia histórica dejada por el fascismo y el antifascismo. Distintos autores y diferentes obras que, a pesar de todo, miran al mismo objetivo: debatir, reflexionar, interpretar y contextualizar la historia reciente de este país: una tarea todavía pendiente en Italia, así como en el caso español. Al fin y al cabo, nos lo recuerda todavía Carlo Greppi (2020b, p. 10):

La historia es aquello que vemos si miramos hacia atrás, [...] y lo que vemos depende de lo que ha ocurrido. Pero cuando lo hacemos, es para comprender si podemos sacar lecciones del pasado cercano o lejano, si gracias a aquel pasado podemos convertirnos en mejores personas, presentes ante nosotros y ante el mundo. Todo depende de cómo queramos hacerlo: y este “cómo” hace de la historia algo por lo que vale la pena dedicar tiempo y nuestra energía.

Matteo Tomasoni (M). ¿Qué pervive del fascismo y de Mussolini en la actualidad? ¿Por qué al hablar de política suele —siempre o casi siempre— surgir la palabra “fascismo”?

Francesco Filippi (F). Cuando se habla de la relación entre la Italia actual y el fascismo debemos partir de un supuesto muy importante que a menudo se pasa por alto: Italia como nación, desde su nacimiento en 1861, es un enorme laboratorio de identidad. Durante más de siglo y medio los italianos han estado sometidos a la construcción de aquello que Benedict Anderson (2016) definió como “comunidad imaginada”. En este gigantesco experimento social, el fascismo fue la última gran tentativa coral de contar la historia de los italianos en su conjunto. Después de 1945, con el predominio de los temas occidentales y de la contraposición entre *bianchi* y *rossi* a un nivel no solo político sino social, hemos dejado de tener relatos verdaderamente unificadores para el país. Hoy, por lo tanto, si en Italia se quiere abordar la cuestión de la identidad del país, hay que lidiar con todo el vocabulario semántico forjado durante el fascismo. En el italiano actual, palabras como *Patria*, *Nazione* y *Popolo*, o vocabulario que en otras realidades se asocia a virtudes nacionales como *Onore*, *Coraggio* o *Cameratismo*, portan una historia que es la de las camisas negras de Mussolini y su trágico epílogo. Hoy, la sociedad italiana utiliza esquemas interpretativos que la obligan a confrontarse constantemente, incluso involuntariamente, con el pasado fascista. Por ello si un político italiano consigue un discreto éxito electoral y tiene cierto carisma, por ejemplo, se le compara automáticamente con Mussolini: ocurrió con Bettino Craxi, con Silvio Berlusconi y está ocurriendo, obviamente, con Giorgia Meloni. Incluso cuando utilizamos las categorías inventadas o creadas por el fascismo para describirnos como país, los italianos no podemos hacer otra cosa que encontrarnos en medio de esta memoria mal digerida.

César Rina Simón (C). Según tus investigaciones, ¿cómo es la memoria que perdura del fascismo?

F. La memoria del fascismo en Italia se divide en tres grandes vertientes públicas que tienen dimensiones e influencias diversas en la construcción del imaginario público del país. La primera es la de los nostálgicos del régimen, los que van a Predappio, a la tumba del Duce, vestidos con camisa negra y hacen el saludo romano. Este tipo de

memoria es francamente residual: son pocos, la mayoría de avanzada edad, y continúan haciendo del fascismo una especie de *cosplay* en el que, lejos de toda realidad histórica, ensalzan el fascismo como el mejor de los mundos posibles.

El segundo tipo de memoria que ha cobrado cada vez más protagonismo en las últimas décadas, pero que también ha empezado a extenderse en el resto de la sociedad, es un tipo de memoria revisionista que tiende a resaltar los aspectos positivos del régimen de Mussolini, intentando normalizar la memoria del totalitarismo fascista. Se trata de la memoria de las “cosas buenas” a la que he dedicado uno de mis libros y que tiene una función balsámica frente al pasado. Siguiendo la idea de que los italianos a lo largo de la historia han sido sobre todo buenas personas, cada vez hay más personas dispuestas a creer que el fascismo no fue un verdadero régimen como el de Hitler o Stalin, sino una especie de paréntesis necesario en un momento complejo de nuestra historia. Este tipo de memoria, además, tiene connotaciones fuertemente politizadas: en muchos casos, como el de la memoria de las *foibe*³ de la que se ocupa Eric Gobetti, amigo y colega mío, no se trata sólo de exaltar a los italianos como “buenos”, sino de denunciar al enemigo de siempre: los comunistas, como “malos”. Esta memoria es la que mayormente evoca y alaba el gobierno y parte de las nuevas instituciones. Pienso en el presidente del Senado, Ignazio Benito (*¡sic!*) Maria la Russa, que en su discurso de investidura habló de la necesidad de una “pacificación nacional” que, sin embargo, pasa por el recuerdo de los crímenes comunistas. Más que de pacificación, metiéndolo todo en el mismo saco, se podría hablar de “parificación”⁴.

Por último, existe una tercera memoria, con diferencia la mayoritaria en el país, que es la que podría definirse dramáticamente como “memoria permanente ausente”, es decir, una memoria colectiva basada en el equilibrio institucional en el marco de la memoria pública italiana. Después del final de la Primera República, es decir, a partir de los años noventa, con el auge de los partidos de la Resistencia, comienza también el ritual cívico que identifica la identidad italiana como producto de la lucha de la *Liberazione* y como su consecuencia natural. Aprovechando el clima posideológico creado tras la caída del Muro de Berlín, mientras una parte significativa de la izquierda italiana revisaba sus valores constitutivos en un intento de historizar la herencia del

³ N. del T.: Las *foibe* son simas más o menos profundas esparcidas por toda la región montañosa del Carso (en la frontera entre Italia, Eslovenia y Croacia), tristemente famosas en el país transalpino por haber sido utilizadas como fosas comunes en las matanzas de la Segunda Guerra Mundial.

⁴ <https://www.senato.it/presidente/discorsi/discorso-di-insediamento>

Partido Comunista Italiano, el mayor de Occidente, la extrema derecha salió de las sombras en las que había estado relegada durante cuarenta años y tomaba los espacios del relato público. Con la llegada al poder de la derecha se hizo cada vez más difícil festejar de forma unitaria momentos como el 25 de abril, fiesta nacional que conmemora la liberación de Italia del nazi-fascismo y el final de la Segunda Guerra Mundial. Debido a las polémicas políticas, este tipo de fechas se ha convertido en fechas “divisoras” en el panorama de la memoria pública, y a nivel institucional se prefiere cada vez más obviarlas en lugar de festejarlas dignamente.

Italia es hoy un país que no produce, salvo a ráfagas, momentos de memoria pública en los que la opinión pública pueda reconocerse parte de un todo, y esto está provocando una desafección sustancial de una gran parte de la población por las cuestiones de memoria y, en general, por el pasado del país. Como este pasado es difícil de abordar, cada vez son más personas las que prefieren simplemente no hablar de él. Por un lado, esta amnesia autoprovocada aleja de la atención pública las cuestiones relativas al pasado y, por otro, favorece a quienes, entre las diversas memorias disponibles, proponen la que les parece menos conflictiva y, por lo tanto, menos problemática. En una palabra: proponen una memoria “buena” que sea de fácil digestión. Aquella que ahora exprime la extrema derecha en el gobierno.

M. ¿Y qué decir de la figura de Mussolini? Según Gentile (2019, p. 20), “la identificación del fascismo con la figura de Mussolini fue y sigue siendo la imagen más común y difundida del ventenio fascista”. ¿Sigue siendo el Duce la personificación de un “fascismo eterno”?

F. Emilio Gentile tiene razón cuando subraya que la figura más representativa e incómoda del fascismo italiano es sin duda Mussolini. Esta imagen dificulta a menudo, en un nivel historiográfico, un análisis más amplio de lo que en realidad fue un régimen complejo con veinte años de duración. Pero también es cierto que esta personificación es el resultado directo de cómo Mussolini se entendía a sí mismo y su relación con el poder. El fascismo italiano es Mussolini porque así lo quiso Mussolini desde el principio. La personificación y encarnación de la acción política, que ahora también vemos ampliamente aplicada en el contexto democrático a través de la sobreexposición mediática de los líderes de los partidos, es un concepto inventado por Benito Mussolini. Desde el principio construye la idea de que el fascismo,

esencialmente, es él y solo él. Esto le permite hacer del fascismo un tema muy farragoso: Mussolini a lo largo de su vida es socialista, anarquista, republicano, monárquico y republicano de nuevo. Por este motivo la historiografía reciente ha definido con dificultad el fascismo como una ideología, al mismo nivel que el nazismo y el estalinismo: porque el único pegamento real de todo el movimiento es Mussolini y su ascenso al poder. Con una definición que me parece acertada, a propósito del fascismo eterno, Umberto Eco (2017, p. 22) traza una idea para mí muy convincente de fascismo: “Mussolini no tenía una filosofía: sólo tenía una retórica”. Y esta retórica, en gran medida, se basaba en sí misma en un objeto retórico, en su cuerpo como fetiche. Aún hoy, para muchos, Mussolini es el fascismo y el fascismo en su totalidad está simbolizado por objetos que encarnan al Duce. Por eso está causando tanto revuelo el pequeño busto de Mussolini que el presidente del Senado Ingazio La Russa guarda en su casa: porque el fascismo está literalmente, todavía hoy, ligado a la figura física de su fundador y sin él, al nivel del imaginario colectivo, no sería posible representarlo. Este doble vínculo entre el cuerpo del Duce y su movimiento explica también por qué la tumba de Mussolini en Predappio es objeto de peregrinación de camisas negras de toda Italia.

C. La mayor parte de los estados europeos, a excepción del caso español, construyeron sus democracias parlamentarias en la posguerra en un ambiente cultural antifascista, incluso algunas de sus constituciones hacen alusiones a ello. ¿Qué queda de todo aquello?

F. En lo que respecta al caso italiano, la presencia de un fuerte componente de la resistencia que combatió junto a los aliados por la liberación del país fue uno de los grandes pilares sobre los que se construyó el alma democrática: poder decir que miles de italianos lucharon y murieron por la persecución nazi-fascista y fueron piezas fundamentales para la construcción del relato público democrático. Por eso, tras el final de la Primera República, una de las operaciones más fuertes de revisión de la memoria pública italiana tuvo como protagonistas a los combatientes partisanos. Libros como los de Giampaolo Pansa (2003), que daba testimonio de supuestos crímenes partisanos, sirvieron sobre todo para demoler la imagen de una Italia que decidió por sí misma liberarse de Mussolini. Para establecer una nueva visión del pasado, es necesario superar la idea de que los italianos, en su conjunto, sufrieron la

Segunda Guerra mundial y que las decisiones tomadas después de la guerra, incluida la demonización del fascismo, fueron de alguna manera “impuestas” a la sociedad italiana. Cuando en Italia la llegada de la TV comercial de Berlusconi en los ochenta provocó una oleada de “antiintelectualismo” generalizado, una de las primeras señales de este cambio se produjo precisamente en esa cultura de “izquierdas” que, entre otras cosas, había contribuido a construir el imaginario colectivo de los valores democráticos, convertidos automática y forzosamente en valores de izquierdas. El desprecio al mundo intelectual identificado como “comunista”, la caída del Muro de Berlín y el final de los partidos de la Primera República con el *Tangentopoli*, acabaron con el mito del antifascismo que había construido la democracia italiana. Hoy, incluso al nivel del imaginario público, se discute más del antifascismo que del fascismo. Pongo un pequeño ejemplo de la cultura *pop*: acaba de estrenarse en Netflix una serie de dibujos animados de Zerocalcare, intelectual y viñetista famoso en Italia. La serie trata precisamente de la instrumentalización política de temas queridos por la derecha italiana, como la inmigración. En un breve monólogo, el protagonista de la serie dice que llamará “nazis” a los ultraderechistas y neofascistas para que el público italiano comprenda que son malos. Si se les llamara, como se debe, “fascistas”, buena parte de los espectadores no los identificaría como personajes totalmente negativos (Zerocalcare, 2023).

M. Las querellas historiográficas en torno al papel activo de la población durante el III Reich o la Italia fascista han tenido, como señaló Traverso (2012), perfiles ideológicos enfrentados. Si bien en Alemania supuso una revisión crítica sobre el apoyo de una parte significativa de la población al nazismo y el conocimiento generalizado del genocidio, en Italia han adoptado perfiles más revisionistas que sitúan a Mussolini como un líder popular y no como un dictador. ¿Qué lugar crees que ocupa el consenso y el apoyo popular en el fascismo?

F. En cuanto al consenso y su herencia en la Italia posterior a 1945 hay que hacer dos aclaraciones. La primera es que el fascismo italiano fue uno de los regímenes de derechas más longevos del siglo XX, solo superado en Europa por la experiencia ibérica. Esto significa que al menos dos generaciones de italianos crecieron inmersos en el caldo de cultivo de la cultura fascista. Cuando al final de la guerra hubiera sido útil para desfascistizar el Estado plantearnos qué fue “realmente” un fascista, se pensó

que esta pregunta podía ser muy peligrosa. En su acepción más severa, habría decapitado a toda la clase dirigente. El segundo aspecto a tener en cuenta es que los únicos que podrían haber impuesto esta cuestión, los aliados, no lo hicieron. Si en Alemania el proceso de Nuremberg trató de hacer algo parecido a una desnazificación, con escasos resultados, en Italia esto no sucedió. A los angloamericanos no les interesaba hacer caer al *stablishment* italiano, sobre todo cuando éstos libraban una nueva guerra contra el peligro comunista. En Washington es muy probable que se preguntaran: “¿qué mejor que un fascista para luchar contra los bolcheviques?” Es una idea que se exportó a otros lugares, como en la normalización de las relaciones con Franco propiciadas por Eisenhower.

En el plano de la memoria histórica, desde que Renzo de Felice situó la cuestión del consentimiento al régimen fascista en el primer nivel de la historiografía italiana, las diversas interpretaciones del consenso del régimen italiano han sido un tema central no solo para los historiadores, también para la opinión pública: como si decir que “Mussolini contaba con mucho consenso” significase, implícitamente, que el fascismo fuera un fenómeno positivo porque contaba con el apoyo de la población. No hay que olvidar que la Italia de Mussolini fue el primer gran experimento de ingeniería social del siglo XX, con un Estado paternalista volcado a entrar en la vida de todos sus súbditos. Con los criterios actuales es difícil medir la fuerza real de los apoyos al régimen de los italianos durante su ocupación del poder, del mismo modo que es difícil comprender hasta qué punto ese supuesto consenso era en realidad un “no-disenso” basado en el individualismo.

Desde un punto de vista historiográfico, trabajos como los de Enzo Collotti (2000) han evidenciado lo difícil que es discutir sobre lo que significa realmente el consenso en un régimen totalitario. A nivel de la memoria pública se ha extendido la idea de que Mussolini era amado por una parte no identificada de los italianos y que el Duce “no era malvado como Hitler”. Hoy el tema del consenso, paradójicamente, es más importante que hace veinte años en Italia debido a la idea de que un régimen totalitario con un supuesto amplio consenso estaba de alguna manera legitimado desde abajo para tiranizar su país. Una visión que podemos definir, siguiendo a Habermas, como posdemocrática y en cierto modo hija de la actual ola populista en Europa.

C. Una de las características definitorias del fascismo fue el culto al líder como jefe y guía de la nación. En la política actual, parece que los programas, las ideologías y las

estructuras de partido se han visto superadas por la construcción carismática y propagandística del “líder”, cuya popularidad se mide en parámetros también emocionales y carismáticos. ¿Es ésta una persistencia del fascismo?

F. No sé, no creo que se trate de una persistencia del fascismo: en el fondo el populismo actual está activo también en países en los que está ausente el recuerdo de la figura de Mussolini. En cambio, yo creo que este retorno del “hombre fuerte” y de sus esquemas interpretativos demuestra un hecho: que Mussolini era un gran comunicador y sus técnicas han hecho escuela por todo el mundo. Incluso hoy la retórica del “balcón”, en la que un solo hombre se convierte en el paladín y en padre de toda la nación, dispensando eslóganes y proponiendo soluciones sencillas a problemas complejos, es obviamente rentable. Cómplice también con la forma de hacer política: ¿qué es un perfil social con millones de seguidores sino un moderno “balcón mussoliniano”?

M. El fascismo histórico alentó una “revolución antropológica”, un proceso de transformación general de la noción de patria, ciudadanía y de la participación política. ¿Consiguieron sus objetivos? Y, una vez derrotados los fascismos, ¿qué ha quedado de aquella revolución?, ¿estamos ante una nueva forma de exaltar la patria, fomentar lo diferencial (ciudadano/migrante) e incluso de apropiación de los símbolos de la nación como la misma bandera?

F. El fascismo histórico fracasó estrepitosamente en sus propósitos de construir una identidad nacional fuerte: nadie traería hoy a colación el mito del guerrero y la virtud militar en el contexto de la Italia actual, aunque fuera contada sobre todo en la posguerra gracias a los éxitos culturales y económicos. Por el contrario, los veinte años del fascismo han provocado durante mucho tiempo una suerte de alergia hacia los temas patrióticos: hasta finales de los años sesenta, ondear públicamente la bandera italiana se consideraba un gesto “fascista” y como tal era censurado. En lugar de la identidad nacional, se afianzaron una serie de subentidades, como las políticas (*bianchi e rossi*) o aquellas que miran hacia diferentes entidades, más allá de la nación, como podría ser el caso de la Unión Europea.

El retorno de un determinado lenguaje relativo a los valores patrióticos o referirse al término “nación” en lugar de República —como hace la extrema derecha italiana en

el gobierno—, a mi modo de ver tiene dos motivaciones. La primera es interna a la derecha: este gobierno está convirtiendo en comunes palabras de moda que antes eran sólo de las derechas. Es una especie de venganza cultural que se está consumando después de decenios obligados a permanecer al margen de la vida política del país. La segunda motivación es que estos eslóganes y símbolos, en su simplicidad, siguen teniendo algo que comunicar: son residuos de un viejo modo de entender la estructura del Estado y de la sociedad, pero siguen teniendo presencia pública, principalmente porque no hay en el horizonte otra narrativa pública que sea suficientemente eficaz. La izquierda en occidente no es capaz de articular un pensamiento coherente, mientras que la crisis global climático-migratoria empuja a la gente a refugiarse en narrativas fuertes y tranquilizadoras. Vivimos tiempos conservadores y en todo el continente la parafernalia ideológica de la derecha está resultando muy útil y eficaz, pese a ser anticuada. Hablar de nación hoy en Italia significa dar identidad a millones de personas que ven cómo el mundo que les rodea cambia cada vez más deprisa. Y es una manera satisfactoria, por el momento, de afrontar el cambio desde un punto de vista electoral.

C. Desde la posguerra se produjeron entre la intelectualidad italiana diversas manifestaciones que apuntaban a la continuidad de ciertos elementos fascistas bajo el paraguas democrático, entre ellas la de Umberto Eco (2018), que en 1995 impartió la conferencia “El fascismo eterno”, que ya has sacado a colación, para alertar de los riesgos de ese retorno y recordar que, si bien el régimen fue derrotado, no lo fueron algunas de sus ideas o de sus prácticas políticas. ¿En qué punto de estos debates sitúas tu obra? Sobre los puntos esgrimidos por Eco, ¿cuáles crees que evidencian esa larga duración de elementos fascistas? ¿Podríamos hablar de un fascismo banal?

F. Como ya he comentado, estoy convencido de que leer a Eco es útil para comprender el fascismo en su complejidad. Creo que la polémica *post mortem* que se ha suscitado en torno al concepto de “fascismo eterno” de Eco se debe a una mala interpretación de ese adjetivo. Hay quien ha querido leer en la presunta eternidad del fascismo una sacralización por parte de Eco, pero no es así. El semiólogo entiende que el fenómeno fascista no está ligado a un período de tiempo concreto, es por tanto “atemporal”, desconectado de los hechos históricos individuales, precisamente porque es una actitud mental más que una ideología.

Mi trabajo en este sentido forma parte de un debate en el que la deriva alejó el tema de las huellas de la historia para acercarlas a las del mito. Mi trabajo sobre las *fake news* del fascismo pretende ser un intento de poner fin a la *mitopoeia* aún vigente en Italia del régimen de Mussolini. No es una postura política, sino metodológica: si queremos hablar de la historia del fascismo debemos, en primer lugar, deshacernos de los mitos que el propio fascismo construyó y propagó por el país. En este sentido, mis libros, más que sobre historia de la historiografía, son ensayos sobre la metodología de la investigación histórica.

Incluso cuando hablamos del peligro de banalizar el fascismo, en mi opinión, debemos tener en cuenta que no son los supuestos agitadores sociales quienes siempre ponen en juego el fascismo, sino que es el fascismo con sus ramificaciones el que todavía hoy se infiltra, como idea y como fantasma, en la vida de los italianos. Porque todavía hay gente en Italia que se define como fascista 80 años después de la fecha de su final, y esto es un hecho a tener en cuenta. Para explicar el problema de los historiadores en Italia, podemos recurrir a esa vieja leyenda del abejorro que según la física no debería volar, pero, como el abejorro no sabe de física, vuela de todos modos. Aquí nos enfrentamos a personas que, según la historiografía, no deberían ser fascistas porque el fascismo terminó en 1945. Sin embargo, por desgracia, estas personas no conocen la historia e igualmente se autodenominan fascistas.

M. A raíz de los trabajos de Griffin (2010), se ha consolidado una interpretación de los fascismos como fenómenos de vanguardia. Esto pudo funcionar entre las élites intelectuales y artísticas del fascismo, y en la plasticidad de los ritos y símbolos desplegados en el espacio de la capital o de las ciudades más relevantes. Sin embargo, tenemos bastantes testimonios de época que manifiestan a nivel local y provincial la dimensión más tradicional y folklórica del fascismo (Levi 2005; Hametz, 2012; Cavazza, 2003). Como si se repitiera la historia que cuenta Lampedusa en *Il Gattopardo*, todo había cambiado para que todo siguiera igual. Las élites locales, el terrateniente, el cura, el médico o el policía seguían hegemonizando en clave tradicional la organización social y la vida cotidiana. Es decir, el despliegue aparentemente revolucionario y vanguardista del fascismo no tuvo una traducción en los espacios sociales locales, que continuaron enmarcados en los mismos sistemas de dominación política, económica y cultural. ¿Cuál es tu posición al respecto?

F. Creo que la lectura más clara del fenómeno fascista sigue siendo la de Antonio Gramsci, que veía en el fascismo la síntesis laboriosa de los intereses de las diversas élites del poder del país y una respuesta eficaz a las demandas libertarias de las masas obreras y campesinas. El fascismo, precisamente por su naturaleza sintética de demandas unidas por el único deseo de mantener el poder, es difícil de explicar: a lo largo del tiempo dijo e hizo cosas contradictorias, con la única finalidad de mantener el poder adquirido. Fue vanguardista con los intelectuales que querían el cambio, pero fue un bastión conservador para el gran capital; fue pacifista con las masas que exigían paz y, al mismo tiempo, militarista con los que soñaban con las glorias imperiales. El fascismo muestra una retórica, una forma de decir las cosas que cambia según el interlocutor. Si fue una “verdadera vanguardia” o una “verdadera defensa de valores conservadores” es una cuestión que se debatirá extensamente, pero si hemos de juzgarlo por los resultados, podemos decir que el fascismo fue sobre todo una máquina de propaganda volcada a las exigencias diarias del mantenimiento del poder.

C. Igualmente, uno de los debates historiográficos más extendidos en torno a la naturaleza del fascismo es el relativo a si podríamos hablar, tal y como sugirió Gentile (2002) —siguiendo la estela de las interpretaciones culturales de Durkheim, Mauss, Carlo Levi, Raymond Aron, Eric Voegelin o George L. Mosse—, de religiones políticas. Gentile ha apuntado en diversos foros que se puede cuestionar el empleo del término, pero no la dimensión sacralizada que adquirió el Estado, la nación, el líder y el proyecto político. ¿Qué piensas sobre estos debates?

F. La lectura de Gentile es una de las más sólidas y estructuradas en torno a la cuestión de qué fue el fascismo histórico, y ofrece la posibilidad de entender este fenómeno en el marco más amplio de los totalitarismos del siglo XX. Falta por establecer, y es una pregunta difícil de responder, cuál es el impacto real de la religión política en los italianos y cuáles son las implicaciones del cambio en la relación entre Estado y el individuo que plantea la retórica mussoliniana. Enzo Traverso (2002) explica de forma muy precisa las dificultades que rodean al concepto de totalitarismo y cuál es su impacto también en la lectura que las democracias posteriores a 1945 han hecho del fenómeno, en una especie de contraposición antropológica en la que se basa el concepto actual de ciudadanía. Probablemente, a la luz del cambio actual

de equilibrios de poder en el debate público, sea necesaria una reflexión más profunda sobre el concepto de Estado en el contexto postnacional (Habermas, 1999) y sobre las nuevas formas de ciudadanía que, paradójicamente, a pesar de tener poco que ver con el siglo XX, son uno de los temas fuertes de la derecha, que se remonta al fascismo histórico en clave de raíz identitaria.

M. En uno de tus libros, insistes en que es necesario “educar a las masas” para superar las falacias o falsos mitos existentes sobre el fascismo, creando así una cultura que sepa ubicar esa ideología en su lugar en la historia. Como sabemos, la cinematografía ha contribuido en ese proceso de contextualización, aunque no siempre acertando en las formas o en los métodos. Recientemente, el cine se ha convertido en una herramienta sociológica para determinar el grado de conocimiento y al mismo tiempo los sentimientos generados por las figuras que identifican los fascismos históricos: me refiero a las películas *Est ist wieder da (Ha vuelto)*, de David Wnendt, 2015) y el *remake* italiano *Sono tornato (He vuelto)*, de Luca Miniero, 2018). ¿Crees que con este tipo de películas se puede educar (pensamos en su uso didáctico) o se trata más bien de un reflejo de la sociedad actual? ¿Qué interpretación se puede dar a todo ello?

F. Hablo de ambas películas en la introducción de mi *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*, señalando cómo las dos películas tuvieron un impacto diferente en Alemania y en Italia. Mientras que la producción alemana fue un éxito planetario, a la italiana le fue mal (puesto 72 en la lista de las cien películas más vistas en Italia en 2017, año de su estreno). Misma trama, misma mecánica humorística y, sin embargo, la idea de que Hitler pudiera regresar usando las redes sociales era a la vez aterradora y atractiva desde el punto de vista del humor. Una mezcla perfecta para el cine. En cambio, pensar que las ideas de Mussolini pueden tener continuidad en Italia o que hay gente que hace política citando al Duce o vistiéndose de fascista, cosa que no divierte, ni siquiera asusta, porque estas cosas ya están ahí. Estas dos películas cuentan en general cómo se asienta, o no, una memoria pública. En Italia, la lectura pública del fascismo como un mal absoluto ha sido sofocada y no veo la posibilidad de recuperarla. El cine italiano, cuando se ha ocupado de la historia reciente, lo ha hecho casi siempre utilizando los temas clásicos de los “buenos italianos”, representando una realidad edulcorada respecto a los hechos históricos.

Pienso también en obras maestras del cine italiano, como *Mediterráneo*, de Salvatores, en 1991, en que un pelotón de soldados italianos durante la II Guerra Mundial ocupa una isla de Grecia y entablan amistad con la población hasta el punto de construir lazos duraderos. Una visión idílica, pero falsa, de la invasión de Grecia, que obviamente fue celebrada internacionalmente: la película ganó un Oscar.

El cine podría hacer mucho por la construcción de una memoria pública basada en valores democráticos y apoyada en una base histórica realista. Desgraciadamente, en este momento las cosas parecen ir en otra dirección: la película *Red Land, Rosso Istria*, que pretende contar la historia de las víctimas de la frontera oriental italiana al final de la guerra, no sólo se aferra a la idea de que los italianos son única y exclusivamente víctimas de la historia, sino que consigue presentar a los nazis de la frontera oriental como libertadores y salvadores de la población italiana víctima del comunismo. Una operación que sólo he visto en películas de propaganda goebbelsiana como *Feldzug in Polen* (“La campaña de Polonia”) de 1940 o *Menschen im Sturm* (“El pueblo en la tormenta”) de 1941. El 10 de febrero, la RAI proyecta regularmente *Red Land*, en el día en que se recuerda a las víctimas de la frontera oriental italiana.

M. En relación con el despliegue de ritos, símbolos, conmemoraciones efectuadas por el fascismo: ¿Cuáles se han perpetuado en la sociedad italiana justificadas como prácticas tradicionales o folklóricas? Evidentemente ya no asistimos a desfiles de *balilla* o camisas negras, pero... ¿Cuánto queda de esa ritualidad?

F. Más que una memoria pública directa del fascismo, existe todavía, y muy arraigada, una memoria privada muy extendida del *Ventennio*. Aún hoy podemos encontrar nostálgicos que peregrinan a la tumba del Duce en Predappio, o gente que le recuerda dedicándole botellas de vino, bustos y otros trastos. No es extraño que los turistas extranjeros entren en restaurantes y bares italianos y encuentren fotos de Mussolini, a menudo presentadas como “recuerdos”. Después de todo, hasta el presidente del Senado justificó el busto de Mussolini que tiene en su propia casa diciendo que era un recuerdo de su padre. Además, está la cuestión lingüística que impregna la lengua italiana hasta hoy: muchas expresiones de Mussolini forman ya parte del modo de hablar italiano y mucha gente las emplea sin saber siquiera de dónde vienen. Veinte años no pasan en balde.

C. El tema de la ritualidad, el simbolismo y la escenificación en el espacio público de la legitimidad fascista ha sido referencial en los estudios culturales de estas dictaduras. Incluso se han pretendido establecer diferencias entre las religiones políticas y las religiones civiles (Gentile, 2005), ya que en no pocas ocasiones las formas y significaciones de estos elementos eran compartidos por otros regímenes nacionalistas no autoritarios. Pongamos un ejemplo. El 12 de octubre, en las calles de Madrid se celebra el día de la “Fiesta nacional” española, antigua fiesta de la “hispanidad” o “día de la raza”. Ese día, el Jefe de Estado es recibido por las más altas autoridades políticas, militares y judiciales del país. Las calles, el público y los cielos se tiñen con los colores de enseña nacional. Tanto público como autoridades y ejército se cuadran con rostro compungido mientras se entona el himno nacional. Un paracaidista hace descender de los cielos una inmensa bandera nacional que recoge con el mismo cuidado que un sacerdote puede tratar las hostias consagradas. Entonces, el Jefe de Estado la recibe y la entrega para que sea izada con igual sacralidad. A continuación, se dispone a honrar a “los que dieron su vida por España” ante un monumento a un soldado anónimo que representa a todos los muertos por la patria. Suenan salvas... Este rito no se ha celebrado en un estado fascista, aunque su despliegue podría serlo perfectamente. Al contrario, se ha llevado a cabo en una democracia cuyo presidente del gobierno es del Partido Socialista, que gobierna en coalición con partidos políticos que buena parte de la oposición conservadora tacha de “antipatriotas”, “extrema izquierda”, “comunistas”, “bolivarianos” o “filoterroristas”. ¿Cómo se puede explicar esta aparente paradoja?

F. Es la paradoja que yo definiría como “shock por el colapso del Muro”. Tras el final de la Guerra Fría asistimos en toda Europa a una revisión histórica y cultural de la relación de la izquierda con el desaparecido gigante soviético y su legado. Es un examen de conciencia al que se ha visto sometido toda la izquierda europea, incluso los socialistas franceses o los socialdemócratas alemanes, que poco tenían que ver con la memoria comunista. Toda la izquierda se pregunta por el comunismo, mientras que la derecha europea encuentra el campo libre tras el fin del conflicto entre bloques de la Guerra Fría. Así, mientras en la izquierda crece un sentimiento de incertidumbre y de crítica en la confrontación con el pasado, la extrema derecha experimenta un sentimiento de exaltación y orgullo por haber sobrevivido, con sus valores, a cincuenta

años de oscurantismo. Esta lectura, unida al intento post-ideológico de lograr una especie de pacificación nacional, hace que hoy, a nivel público europeo, la izquierda se avergüence de su pasado mientras que la derecha se enorgullece, y esto se capta incluso a nivel institucional.

M. Junto al de fascismo, uno de los términos más comunes empleados para desprestigiar al adversario político es el de “populismo”. ¿Qué concomitancias tienen fascismo y populismo? Traverso (2016) ha incidido en que el populismo es una estrategia transversal, pero no un sistema ideológico concreto.

F. Diré que, por simplificar, el fascismo es una consecuencia directa del populismo, su versión “adulta” e institucionalizada, con lemas claros y estructuras organizadas.

C. ¿Y entre fascismo y capitalismo? Se han escrito ríos de tinta sobre el tema, y quizá la historiografía ha cometido el error de tratar de encajar fenómenos sumamente complejos en marcos interpretativos de “laboratorio”. No cabe duda de la protección que ejercieron los fascismos sobre el gran capital, haciéndolo compatible con el control económico estatal. Hoy las posturas de la extrema derecha se debaten entre el proteccionismo y la desregulación. ¿Cómo se compagina el libre mercado con el nacionalismo extremista?

F. Como decía, Gramsci parece haberse dado cuenta de las peculiaridades de la interacción entre capitalismo y fascismo. Si a nivel histórico el fascismo también puede verse como la respuesta de un grupo dirigente al estallido de la política de masas y a la democratización, con el paso del tiempo es un hecho el papel que las ideologías fascistas y parafascistas han desempeñado en la consolidación del capitalismo en algunos países y en la imposición de una paz social armada. Pienso obviamente en América Latina, en Pinochet, pero también en el régimen de los coroneles en Grecia en los años setenta.

M. Creo que deberíamos también comentar la rápida y exitosa adaptación del discurso fascizante a las nuevas tecnologías propias del siglo XXI: a través de un lenguaje juvenil y cercano, captan rápidamente la atención de los más jóvenes, transmitiendo una “verdad alternativa” en la que las *fake news* o la comunicación alternativa ejercen

un papel determinante. ¿Estamos ante una nueva forma de hacer propaganda? ¿Es simple desinformación o se trata de una práctica de la posverdad, esa mentira emotiva que pretende captar nuevos adeptos?

F. Sinceramente, no creo que lo que estamos presenciando hoy sea algo nuevo: lo que hoy llamamos posverdad no es más que la intensificación del discurso público sobre algunas cuestiones fundamentales de la vida humana a través de las nuevas tecnologías. Todas las sociedades complejas han producido mentiras, falsos mitos, historias hiperbólicas. Y en toda sociedad compleja siempre ha habido alguien que, por diversas razones, ha intentado construir relatos alternativos a los dominantes. Hoy, la diferencia fundamental es que esto ocurre a escala industrial: prácticamente cualquiera puede contar su propia “verdad” y subirla a Internet. Esto, unido a la credulidad de muchos relatos públicos (el COVID ha demostrado que las instituciones públicas, los gobiernos e incluso la ciencia son incapaces de tener credibilidad universal en ciertos temas), crea el terreno perfecto para el florecimiento de bulos. Y entre estos bulos, los más resistentes son, probablemente porque están mejor concebidos y son más antiguos en su difusión, los bulos sobre el fascismo o creados por el fascismo, que se suman a la enorme producción de relatos a la que estamos sometidos.

C. Uno de los rasgos compartidos del fascismo histórico fue el antisemitismo o antijudaísmo. En cambio, los principales movimientos de derecha radical se posicionan favorables al estado de Israel. ¿Ha sustituido el africano, el musulmán, el migrante o el pobre al judío como chivo expiatorio y fermento de movilización de un nacionalismo excluyente?

F. En general, la construcción de un régimen totalitario requiere de una forma diferente de construir la propia identidad, de una “alteridad” que da sentido. Esta diferencia, que por regla general se elige entre las minorías menos representadas, se convierte en un enemigo irreductible. En un contexto como el de los regímenes totalitarios del siglo XX, este papel de enemigo se adapta perfectamente al judío, débil, aislado y marginado en todo el continente europeo.

Con el nacimiento del Estado de Israel, el antisemitismo histórico de algunos movimientos de extrema derecha no ha disminuido, pero sí su utilidad política. Hoy

día la extrema derecha se desquita con los nuevos marginados, los diferentes por excelencia, que son las figuras fácilmente expulsadas de una supuesta comunidad nacional que hay que defender: los migrantes, los pobres y los representantes de minorías sexuales o religiosas. Los temas cambian, pero el patrón es siempre el mismo.

M. Permitidme entonces añadir una cuestión más: encontrándose el cambio y transformación de la extrema derecha en una especie de proceso de *modernizzazione* (Forti, 2021), ¿dónde ha quedado *Auschwitz*?, ¿cómo transmitir el sentido del Holocausto, las leyes raciales, las persecuciones y todo lo que el fascismo supo generar, obviando Auschwitz?

F. Auschwitz es, y continuará siendo, ineludible para cualquier ciudadano europeo. Auschwitz es único porque fue la fatídica aplicación de los ideales de la modernidad avanzada en el continente. Si la modernidad expresada por el imperialismo europeo se compone de ciencia, tecnología y capacidad industrial, Auschwitz, la fábrica de la muerte que aplicó las teorías fordistas a la producción de cadáveres, es el vértice terrible de esta modernidad. Cualquier extrema derecha que exalte los valores del capitalismo (pero también las izquierdas que han hecho del capitalismo un hecho inamovible de la historia) deben tomar nota de esto. Auschwitz no es ni siquiera política electoralista, es una horrenda filosofía de la ciencia, de las más aberrantes. No basta con condenar Auschwitz para librarse de su presencia, se debe analizar Auschwitz dentro del sistema de vida moderno.

C. Trump, Bolsonaro, Meloni, Le Pen, Zemmour, Putin, Salvini, Orban... la nómina es inabarcable. ¿Se pueden integrar en un concepto o en una interpretación conjunta? ¿O bien sus diferencias impiden cualquier tentativa homogeneizadora? ¿Podemos denominarlos con un término que los abarque sin negar sus divergencias?

F. Estos modelos de *sovranoismo*, al estar dedicados a un tipo específico de “soberano”, son necesariamente únicos y tienen sus propias características. Sin embargo, en mi opinión, todos tienen algo en común: precisamente que son entidades que pretenden promover sus propios intereses particulares. Son, en una palabra, movimientos egoístas. Por esta razón, solo pueden ser un breve paréntesis en el

espacio global: son lecturas del siglo XX de problemas que afectan a todo el planeta y que no podemos gestionar desde Roma o Madrid. La propia Giorgia Meloni, desde que está en el Gobierno, ha cambiado su actitud hacia la Unión Europea. El *sovranismo* puede ser una buena estrategia para vencer en las elecciones y quizá para gestionar pequeñas empresas al pie de los Cárpatos, pero no puede ser la forma de gobierno de países proyectados a escala global.

M. Yo me atrevería incluso a preguntarte: ¿pueden agruparse estos dirigentes dentro de los que se definen “fascistas” por sus postulados afines al fascismo histórico?

F. No creo que el término fascista pueda aplicarse a todas las realidades populistas o autoritarias. Sin embargo, puedo ver cómo algunos de estos movimientos dicen estar inspirados en el fascismo histórico y otros no son más que su evolución en el período democrático.

M. ¿Y qué decir del fenómeno —bien conocido en Italia y ahora traducido al español— de Diego Fusaro? ¿Es realmente el prototipo de *rossobrunismo* (rojipardismo) o sea, el modo que tiene la derecha de disfrazarse de izquierda como ha señalado recientemente Forti (2021)? ¿Qué opinas de él y de su “pensamiento” teniendo en cuenta sus guiños a grupos como Casa Pound o Vox en España?

F. Diego Fusaro es sobre todo el síntoma de que esta nueva derecha, que sale a la luz tras décadas de catacumbas, necesita desesperadamente intelectuales. Toda una nueva clase política se está formando y necesita ideas para aportar una imagen de futuro después de haber mirado al pasado durante demasiado tiempo. En la derecha, tanto en Italia como en otros lugares, veo a muchos que luchan por el papel de guía cultural o faro intelectual, siguiendo el modelo de los intelectuales comprometidos de izquierda. Pero, francamente, por el momento no me parece encontrar figuras que tengan esa capacidad de síntesis y acción.

C. ¿Hay una dinámica internacional profascista como señalan autoras como Pisanty (2022) en relación a un regreso o normalización de los discursos xenófobos? Y ¿ha alcanzado su cénit o estamos aún en la punta del iceberg del fenómeno?

F. Estoy de acuerdo con la lectura de Valentina Pisanty, pero más que una señal del avance de la xenofobia yo hablaría de su normalización. El odio al diferente siempre ha pertenecido a la extrema derecha pero ahora estamos asistiendo, en mi opinión, a una normalización del mismo. Ha habido una ruptura en el frente de la memoria pública y ahora parece que todo vale. Es normal oír a Giorgia Meloni decir, por ejemplo, que los barcos de las ONGs que rescatan migrantes en el mar deberían hundirse⁵, cuando hace unos años esta afirmación habría sido más fuertemente censurada. Esto indica, a mi modo de ver, que no se ha producido un desplazamiento hacia formas de odio a la diversidad, sino que es el odio a la diversidad lo que se ha vuelto más aceptable.

M. De tus obras se desprende la continuidad de ciertos imaginarios, narrativas e ideas heredadas del fascismo. El apoyo de estas propuestas, ¿crees que está vinculado a determinadas lecturas revisionistas del fascismo?, ¿y qué pasa con las teorías negacionistas... cuánto pueden influir en todo ello?

F. En Italia el debate histórico sobre el fascismo siempre ha sido vivo y estimulante: siempre ha habido diversas posiciones, interpretaciones y revisiones. El problema es que estos escritos a menudo no llegan a la opinión pública, que sigue estancada en una visión estereotipada, parcial e incluso falsa del fascismo. Por eso, más que a los textos históricos sobre el fascismo revisionista, yo personalmente presto atención a las “memorias revisionistas” que circulan por el país. Están desconectadas de la historia, pero ancladas a criterios de utilidad política. Si comparamos el negacionismo con el terror fascista y la responsabilidad del régimen en las guerras de agresión y exterminio europeas, ningún historiador serio en Italia niega hasta la fecha esta responsabilidad. El problema es el reduccionismo y el negacionismo generalizados en la opinión pública que, además, no son de hoy, sino que proceden del deseo de los italianos de eludir su responsabilidad en la guerra fascista después de 1945.

C. Los movimientos de extrema derecha en Europa están poniendo en cuestión la narrativa histórica hegemónica en torno al siglo XX. Tony Judt (2008) alertaba de que las sociedades europeas estaban en una “época de olvido”, pronóstico que no encaja

⁵ <https://www.open.online/2019/06/27/giorgia-meloni-la-sea-watch-va-affondata-pioggia-di-critiche-turrischi-5-anni-di-carcere-il-video/>

con los *revival* históricos que promocionan estos grupos. ¿Qué se está olvidando y qué se está recordando?

F. Más que una era de olvido, creo que esta es una era de sobreproducción de memoria. Como señala Marcelo Flores en *Cattiva memoria* (2020), en el siglo XX la memoria, tanto individual como colectiva, superó a la historia en la evaluación del pasado. Este continuo recordar individualizado ha minado para muchos la posibilidad de un relato histórico objetivo, dando la idea de que la memoria era, en su conjunto, historia. Y una historia hecha sólo de memorias contradictorias no puede ofrecer respuestas eficientes ni interpretaciones adecuadas del pasado. Así, inmersos en un mar de continas memorias contradictorias, el pasado pierde su sentido, condenándonos a un eterno presente.

Un ejemplo de este peligro en la confusión entre memoria e historia es precisamente el que rige la división entre fascistas y antifascistas en la Resistencia: cuando Luciano Violante en 1996, en su discurso en la Cámara de los Diputados⁶, habló de los *ragazzi di Salò*⁷ “con valores” y tocó la memoria de personas que habían tenido un familiar republicano, normalizando una memoria incómoda. Violante, sin embargo, olvidó explicar que aquellos “valores” por los que combatieron los *ragazzi di Salò* eran antidemocráticos, racistas, violentos y totalitarios. Sólo quedó el recuerdo de estos jóvenes, pero no el juicio sobre sus acciones, que sólo la ciencia histórica, con su perspectiva, puede dar.

M. En más de una ocasión, el jefe de la propaganda nazi Joseph Goebbels afirmó que “una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad”. Para Goebbels, al igual que para la filosofía maquiavélica, el acto de mentir debía ser analizado y evaluado más allá del prisma de la moralidad: ¿cuánto de todo esto sigue siendo actual especialmente en el ámbito político?

F. Resulta dramático decirlo, pero Goebbels conocía los mecanismos de la comunicación, aquellos que hoy dominan nuestras vidas, mucho mejor que muchos de los que hoy están en internet. Los sistemas de comunicación no cambian: las tecnologías evolucionan, los procesos de información se aceleran, pero el impacto de

⁶ http://legislature.camera.it/chiosco.asp?content=/_dati/leg13/lavori/stenografici/sed001/s100r.htm

⁷ N. del T.: Con esta expresión se refiere a los *repubblichini*, o sea, el encuadramiento militar y miliciano de los italianos que lucharon en las filas de la Repubblica Sociale Italiana o Repubblica di Salò.

la comunicación sobre los individuos sigue siendo el mismo que en los tiempos del ministro de propaganda del Reich. En este sentido, el problema no es qué es la “verdad”, sino lo que puede parecer creíble o lo que la mayoría cree que es verdad. Utilizando una frase inquietante acuñada por el expresidente Trump, no existe sólo una verdad, sino muchas, sólo hay que saber decirlas con la suficiente fuerza.

M. Hasta fechas recientes, se hablaba de la “excepción española” para señalar la debilidad de los partidos de extrema derecha, en comparación con el peso que tenían en otros países como Francia, Italia o en la Europa del Este. Con el auge electoral de Vox, se ha terminado dicha excepcionalidad. Sin embargo, a diferencia de otros partidos similares europeos, no fue el resultado de un fortalecimiento electoral de partidos de extrema derecha sino de una escisión radical del partido conservador. Esto lo situaría, siguiendo la clasificación de Traverso (2018), dentro de los movimientos posfascistas. ¿Qué similitudes y diferencias podemos encontrar entre estos procesos aparentemente divergentes?

F. Diré que, desde un punto de vista histórico, el PP, nacido de las cenizas del franquismo como Alianza Popular, ha seguido durante años lo que en los cincuenta se llamó la “doctrina Adenauer”: el canciller alemán, cuando fundó la CDU, dejó claro que no habría nada legal a la derecha de los democristianos alemanes. Una idea que implicaba no solo que los partidos neonazis serían perseguidos por la justicia, sino también que era necesario que la CDU intentara atraer una parte de los votos de la ultraderecha. Se trata de una doctrina seguida en Italia por los democristianos que, salvo algunas excepciones, participaron activamente en el marco constitucional que excluyó a los fascistas del gobierno.

Probablemente hoy, en lo que se refiere al caso español, estamos asistiendo al crecimiento de un partido que no ha tenido especial problema en recoger el legado franquista, a diferencia del PP, atrayendo los votos de los más radicales de un partido que durante mucho tiempo intentó ser visto como un partido de derechas “normal”. Ahora se verá si continúa esta rotación efectiva con el PP negándose a pactar con Vox, o si, desafiando la doctrina Adenauer, estos dos partidos de derecha se unirán para gobernar el país⁸.

⁸ La entrevista se realizó antes de las elecciones municipales y autonómicas celebradas el 28 de mayo de 2023. Tras los resultados electorales, pactos entre el PP y Vox formaron diversos gobiernos locales y regionales.

C. Igualmente, al mismo tiempo que se confiaba en dicha “excepcionalidad”, numerosos trabajos señalaban la existencia en la España democrática de un “franquismo sociológico”, es decir, la supervivencia de determinadas actitudes, ideas políticas y formas de entender el pasado forjadas durante cuarenta años por el régimen de Franco. Sin lugar a duda esa experiencia dictatorial tan prolongada dejó su huella en los paradigmas culturales de los españoles. ¿Podríamos hablar, tanto en la Italia de posguerra como intuyó Carlo Levi (2020) o Pasolini, como en la actual, de un “fascismo sociológico”?

F. No sé si esta definición, tan fuerte desde el punto de vista científico, puede aplicarse al caso español. Para Italia, más que de sociología, hablaríamos de “fascismo emocional”, es decir, de un tipo de sentimiento que lleva a una visión del mundo alejada de lo que sería un mundo deseable, es decir, el puesto en marcha en el terreno del imaginario fascista. El eslogan “primero los italianos” significa precisamente esto, un deseo de volver a un imaginario positivo, fuerte, situado en el pasado y al que apuntar. Una emoción, un deseo, más que una forma mental. Pero tiene cierto peso si se aprovecha bien electoralmente.

C. Si aceptamos la creciente espectacularización de los debates políticos, ¿los fascismos o posfascismos tienen las de ganar, en un terreno abonado para el despliegue de sus mitos, de sus formas, de sus símbolos y sus rituales (Falasca-Zamponi, 1997)?

F. Seguramente el mensaje fascista, en su primitiva simplicidad, sigue siendo extraordinariamente eficaz. Sobre todo, porque vivimos tiempos en los que, ante los retos del mundo globalizado, muchos sienten la necesidad de respuestas rápidas e inmediatas (independientemente de que sean reales o realizables). Sin embargo, y la situación italiana lo demuestra, no estamos hablando de una victoria cultural de la derecha, sino de una rendición incondicional por parte de la izquierda. Giorgia Meloni no ganó votos para la coalición de centro-derecha en las últimas elecciones; simplemente se llevó los votos que antes eran para la *Lega* y luego para Berlusconi. La derecha en Italia ganó porque muchos votantes de izquierdas no fueron a votar y no lo hicieron, según las encuestas, porque no vieron ninguna propuesta política válida

de la izquierda. La derecha, al menos en Italia, ganó gracias al espacio que le dejó la izquierda.

M. Tengo que citar nuevamente a Forti (2021), quien ha definido el fenómeno del posfascismo surgido con el siglo XXI, como “Extrema Derecha 2.0”. En su libro, demuestra que la nueva ultraderecha está basando su relato en emociones y sentimientos que no siempre coinciden con hechos y evidencias. ¿Cómo explicar esa capacidad de la extrema derecha de convencer sin ni siquiera tener que demostrar sus postulados?

F. Porque la derecha, en todo Occidente, no pretende hacer pensar, sino soñar. Propone soluciones impracticables pero atractivas (parar la migración), descarga las responsabilidades de los individuos en instancias externas y desconocidas (Europa, China, el mercado global...), apela a los miedos más concretos (no perderás tu trabajo, no estarás peor). Poco importa que esto sea realista, porque es en el espacio de los sueños donde opera este tipo de discurso. Por ello, por ejemplo, en Italia hay hoy en el poder luchadores contra el confinamiento y gente que no cree en las vacunas, separatistas padanos y nacionalistas fascistas, empresarios que evaden impuestos y empleados gubernamentales que quieren que se defiendan sus privilegios. La derecha da respuestas, no importa si son sensatas, pero las da. Es un juego bastante simple al que la izquierda no sabe o no quiere jugar, y cuyos resultados me temo que se verán con el tiempo, porque gobernar también significa poner a los electores frente a la realidad.

C. Hitler señaló en el *Mein Kampf* que «la capacidad receptiva de las masas» era «limitada y su comprensión escasa» por lo que llamaba a realizar una “propaganda eficaz” sobre “muy pocos puntos y saberlos explotar con eslóganes”. Parecen palabras de un publicista actual. ¿Heredaron las democracias de posguerra ese *modus operandi*?

F. En una palabra, diría que sí, y con una pizca de irónico orgullo patriótico, debo señalar que estas cosas se las enseñó Benito Mussolini, que las aplicó a la política antes y mejor que él.

C. El interés por la historia cada vez es mayor, hay un auténtico *boom* editorial de libros que idealizan determinados pasados en clave nacional. Zygmunt Bauman (2017) ya apuntó, con el sugerente concepto de “retrotopía”, el viraje de la dirección temporal de las utopías, dirigidas cada vez más hacia pasados idealizados que hacia futuros posibles. También podemos hablar de la generalización de la “imperio nostalgia” (Tomasoni y Rina Simón, 2021). Parece que las sociedades modernas no son capaces de dar respuestas políticas a las incertidumbres si no es volviendo a un pasado seleccionado y cribado por intensos tamices ideológicos. En Italia y en España ese pasado se ha orientado hacia nostalgias imperiales o a revisar la historia de los fascismos. ¿Qué papel puede jugar la historiografía académica en desarticular estos discursos? Hasta el momento se ha visto limitada porque estos movimientos buscan narrativas lineales y sintéticas y respuestas contundentes, no que nadie complejice o relativice procesos...

F. Sinceramente, no sabría dar una respuesta certera; estamos ante el fin del paradigma que fundó y hasta cierto punto orientó la ciencia histórica: la idea de la humanidad como un proceso continuo de desarrollo y crecimiento hacia valores cada vez más universales y compartidos. En resumen, que los nietos estarían mejor que los abuelos. Hoy, con los datos en la mano, en lo que llamamos Occidente esto ya no es así: estadísticamente, la generación “Z” vivirá menos y peor que los *Boomers* e incluso que nosotros, los *Millenials*. El futuro, para esta parte del mundo, ya no parece obvio que sea mejor que el pasado. Los historiadores deben tomar nota de esto cambiando algunos paradigmas que los han guiado hasta ahora. No será fácil, entre otras cosas, porque la historia como disciplina está cada vez más en peligro de extinción, sustituida por un lado por la cronología del *smartphone* (se puede saber lo que pasó el 27 de julio de 1214 en Bouvines con una simple búsqueda en Google) y, por otra, por el presentismo imperante que comprime la visión del pasado, pero también la del futuro.

M. En línea con la anterior pregunta: aunque la aportación de los expertos es necesaria para explicar el fenómeno del fascismo, ¿es necesario trasladar el debate también fuera de lo académico?, ¿cuánto realmente se habla en tu país de fascismo en las escuelas, en los encuentros con especialistas, en la misma didáctica?

F. Más que necesaria, la considero vital para la vida democrática del país. Como he dicho más arriba, no existe una relación directa entre la excelente investigación histórica que este país está llevando a cabo sobre el fascismo y la visión que el público tiene del fascismo. Sin embargo, en un contexto global ya no es posible pretender que sólo nos contemos los mismos viejos cuentos de hadas sobre los buenos dictadores y las víctimas inocentes. La historia, incluso en el debate público, debe ocupar por fin su lugar como posible modelo de comprensión de los fenómenos que vivimos y que influirán en el futuro. En Italia se habla poco del fascismo en las escuelas, por razones de tiempo, y mal, porque es un tema polarizante que a menudo gira en la esfera política más baja. Este país ignora su pasado para apoyarlo, como se ve ante la situación social actual.

M. No olvidemos, además, que las escuelas deberían convertirse en el principal agente de transmisión de esa información y, sobre todo, conocimiento de la historia reciente. ¿Cuánto se está haciendo al respecto? ¿No crees que debería aproximarse más el entorno escolar a lo académico o por lo menos —ya que tú eres el fundador de una⁹— a través de asociaciones específicas?

F. Poco o nada puede tener el mismo impacto en la construcción cultural de un pueblo como una escuela pública, por eso creo que debe ser nuestro punto de partida. Las asociaciones y las realidades culturales pueden desempeñar un papel importante después de la escuela, pero la educación pública sigue siendo el corazón de la construcción de una sociedad.

Desafortunadamente en Italia y, aparentemente, en general en Occidente, una lógica performativa ligada a la lógica del mercado laboral ha cambiado las prioridades de la educación pública: cada vez más, la formación se orienta a construir trabajadores capaces de interactuar eficazmente en el mundo del trabajo; cosa muy útil, pero que resta tiempo a la formación de jóvenes que también son ciudadanos y parte activa del contexto social. En este sentido, me parece que la educación histórica, al menos en Italia, está particularmente desatendida: en mi país la Historia corre el riesgo de seguir el camino de la Geografía, una asignatura fundamental, más ahora que estamos en crisis climática para comprender los espacios y su interacción con la vida humana, pero que prácticamente ya no se enseña salvo como correlato de otras asignaturas

⁹ Associazione Deina, info: <https://www.deina.it/>

humanísticas. La historia, el estudio y la comprensión del ser humano a lo largo del tiempo, como diría Bloch, queda hoy al margen de los contextos educativos, y diría que ya se empieza a ver los efectos.

C. En el siglo V antes de nuestra era, Platón señaló las debilidades del sistema democrático. Al sustentarse en la voluntad popular, ésta era libre para poder actuar en contra de los principios democráticos. Los tiranos podían convencer al pueblo de acabar con el propio sistema. ¿Tiene mecanismos la democracia para detener estos procesos sin comprometer sus valores sustanciales?

F. Platón estaba preocupado por la democracia, pero lo que tenía ante sus ojos —un grupo de poder de hombres suficientemente ricos—, ni siquiera sería democracia para nosotros. Podemos aprender de Platón que siempre y en cualquier caso debemos preocuparnos por la democracia, porque es un objeto demasiado frágil para ser descuidado. Hoy el mayor riesgo que veo para nuestra democracia es que parezca ineficaz y, por tanto, inútil. La democracia al estilo occidental sufre la competencia de la supuesta eficiencia de regímenes como el chino, comprometidos con proporcionar prosperidad a cambio de perder libertades individuales. Es tarea de todos cultivar y ampliar los espacios de libertad de la democracia, ante todo defendiéndola del riesgo de parecer obsoleta. El primero de los mecanismos de los que debe dotarse una democracia madura es el que se deriva de la famosa paradoja de la tolerancia de Karl Popper (1945): una democracia no puede ser tolerante con los intolerantes. Un buen ejemplo es el fascismo: en Italia, la disposición transitoria y final duodécima de la Constitución establece que el fascismo es un delito, no una opinión¹⁰. Esto significa que en Italia quien expresa ideas fascistas no hace uso de la libertad de opinión garantizada en todas las democracias, sino que comete un delito, y como delincuente debe ser perseguido. Esta disposición no limita, como han argumentado algunos en la derecha, la libertad de opinión, sino que aclara cuáles son los valores, y con ellos los límites, de la libertad de todos.

C. En el capítulo VIII de *La República o el Estado*, Platón (2010) hace dialogar a Sócrates con Glaucón y Adimanto sobre los diferentes e “imperfectos” sistemas políticos. La democracia sería una respuesta a la oligarquía, que gobernaba a la

¹⁰ <https://www.senato.it/istituzione/la-costituzione/disposizioni-transitorie-e-finali/xii>

población bajo el egoísmo de los intereses particulares de las élites. La democracia abriría un período de libertades en el que cada ciudadano tendría la oportunidad de defender sus ideas. Surgen entonces los demagogos, que pretende imponer un régimen despótico obteniendo el beneplácito del pueblo. Se apoyan en los mecanismos democráticos para extender sus ideas. Una vez en el gobierno, se alían con los grupos oligárquicos y promueven guerras contra otros estados para mantener las energías de la población focalizadas en el conflicto. La democracia sería sustituida por la tiranía. Salvando los anacronismos y los matices, a grandes rasgos parece un esquema de los sistemas políticos en la edad contemporánea. “¿La historia rima?”.

F. Sí, la historia rima, aunque solo sea porque siempre es interpretada por los mismos sujetos, es decir, los seres humanos, que ante situaciones similares tienden a comportarse de forma similar.

Pero lo bonito de la historia es que no se escribe hasta que sucede, y por eso también desconfiaría de quienes ven analogías automáticas en ciertos hechos. El sistema democrático hoy día tiene la posibilidad de diferenciarse de sus derivados, siempre que quiera hacerlo. Como ya se ha dicho, el problema de la democracia occidental es que se considere inadecuada o ineficaz para afrontar los retos del mundo global. Debemos aprender la lección platónica precisamente para evitar el automatismo descrito por el filósofo. En Occidente se da por sentado que el modelo democrático es el mejor de los mundos posibles, hasta el punto de que algunos incluso hablaron del “fin de la historia” (Fukuyama, 1992) cuando el mundo comunista se derrumbó. El mayor riesgo para la democracia es el de ser obvia para aquellos que se benefician de ella. Algunos síntomas son ya evidentes: mientras en algunas partes del mundo se sigue luchando por el derecho al voto, en los países con democracias maduras un porcentaje de casi la mitad de los que tienen derecho a voto ni siquiera consideran necesario votar. El riesgo de la democracia hoy no es la tiranía, sino el olvido y la irrelevancia.

M. En 1959 Adorno (1984, pp. 97-98) planteaba que “la pervivencia del nazismo en la democracia” era más peligrosa que las “tendencias fascistas dirigidas contra la democracia”. ¿Este es el punto en el que se encuentra hoy Europa?

F. Creo que hay dos maneras de hablar del mismo problema: la agotadora actividad de mantener en equilibrio el contexto democrático. Desde la historia es necesario afrontar el tema, culturalmente espinoso, de que los dos totalitarismos de derechas más importantes del siglo XX en Europa nacieron en contextos que en la época denominaríamos democráticos. Fue la frágil democracia liberal italiana la que acogió con satisfacción el nacimiento del fascismo de Mussolini, del mismo modo que fue la República de Weimar la que permitió a Hitler tomar el poder. Sin embargo, otros países, a pesar de tener impulsos en la misma dirección, no desarrollaron este giro autoritario. Por lo tanto, desde mi punto de vista, se trata siempre de tener presente que es en el seno de la democracia donde se juega el gran partido de la construcción de una sociedad sólida y plural y que en ella podemos encontrar siempre los medios para una eventual restricción de las libertades personales e igualmente los medios para la más amplia aplicación posible de los derechos en los que se basa la propia democracia.

C. Giorgia Meloni, en los primeros compases de su mandato, parece que ha atemperado sus posicionamientos ideológicos, declarándose europeísta, participando en la cumbre del clima o apoyando a Ucrania ante la invasión rusa. ¿Las instituciones democráticas internacionales tienen la capacidad de moderar estos movimientos cuando llegan al poder?

F. Digamos de manera más prosaica que la Primera Ministra ha dado una lección de realidad: mientras se está en la oposición, es mucho más fácil aportar soluciones drásticas o poco realistas (recuerdo a una Giorgia Meloni fuertemente atraída hace unos años por la idea de un posible *Italexit*). Sin embargo, cuando llega a dirigir la tercera economía de la UE, uno de los países fundadores de la construcción europea, es probable que su perspectiva cambie, su capacidad de maniobra y también sus políticas. Giorgia Meloni dio un giro igualmente contundente respecto al posicionamiento proatlántico de Italia: ahora Meloni es uno de los socios más fiables de la Alianza Atlántica, a pesar de haber crecido políticamente en un partido que definió la presencia estadounidense en Italia posterior a 1945 como una ocupación.

Las estructuras supranacionales ciertamente tienen un peso a la hora de moderar la acción de los gobiernos nacionales, sean del color que sean, pero el contexto internacional en el que nos movemos puede hacer aún más: en este caso,

quizá el tiempo sea un aliado útil para quienes pretenden poner de manifiesto las contradicciones de una propuesta gubernamental, la *sovránista*, que de momento no parece capacitada para aportar soluciones que vayan más allá de los eslóganes.

M. En tu opinión, el *sovránismo italiano*, o sea, esa amalgama de partidos y movimientos de lo que Eric Gobetti (2023) llama «*il risorgente nazionalismo italico*», ahora asentado en el Gobierno de Italia, ¿está poniendo en práctica su voluntad de acabar con determinados preceptos democráticos?, ¿o se ha tratado de un simple *bluff* propio de la última campaña electoral?

F. No creo que la actual coalición de gobierno en Italia tenga claros impulsos antidemocráticos, salvo en algunos pequeños grupos extremistas. Sin embargo, sí creo que este ejecutivo y la mayoría que lo apoya tienen una idea precisa de la sociedad, que no es en absoluto la sociedad abierta de derechos a la que, al menos de palabra, estamos habituados. La idea de fondo que parece guiar a este gobierno, al menos en sus inicios, es la imagen de una sociedad en la que hay una parte de la población que tiene más derechos que los demás: a esta parte se la llama, casi obsesivamente, la “nación”. Las minorías —que son una realidad en el país— no parecen pertenecer a esta nación: personas LGBTQ+, migrantes, minorías religiosas, ciudadanos todos que sin embargo no están entre los intereses del actual gobierno, que efectivamente en sus primeras acciones legisló contra ellas. No creo que haya impulsos antidemocráticos en este gobierno, pero la democracia que propone en este momento se parece mucho más a un club exclusivo, donde se entra por invitación, que a un lugar desde el que construir una sociedad. Una democracia plena solo para determinados grupos, no para todos. Una democracia que, pensándolo bien, no es tal.

M. En épocas de post-pandemia, seguimos observando cómo el fascismo, o por lo menos la palabra *fascismo*, se ha colado en las tertulias televisivas o incluso en los debates políticos. Las medidas anti-covid han sido tachadas por algunos opinadores y periodistas negacionistas y por un cierto sector de la población como una imposición en nombre de la seguridad (Loff et al., 2022) digna del periodo fascista. ¿Qué opinas al respecto? ¿Es este uso de la palabra fascismo una mera banalización del término o hay algo más?

F. No lo definiría como una banalización, sino como una apropiación indebida. La palabra fascismo ha identificado y sigue identificando actos políticos precisos que condujeron históricamente a la instauración de regímenes autoritarios y luego totalitarios. El uso de esta palabra en las redes sociales y tertulias cotidianas corre ciertamente el riesgo de degradarla, pero no soy de los que pretenden limitarla a un uso histórico que se detendría, en Italia, en 1945. El abuso de este término no debe llevarnos a pensar que sea impropio utilizarlo en general. Hoy, desafortunadamente, se está asistiendo a involuciones fascistas o de tipo fascista en muchas áreas de la vida pública occidental: el culto al líder; la oposición nosotros/vosotros que convierte al adversario en enemigo; o la dictadura de la mayoría que priva de voz y cuestiona la posible disidencia. En estos casos hay que utilizar la palabra fascismo porque es la correcta en términos filológicos. La atención a las palabras es un rasgo fundamental de las sociedades actuales y el uso de determinados términos no debe banalizarse. Hay quien dice que algunas personas ven “fascistas por todas partes” e invitan a dejar de usarla; no creo que la solución sea prohibir el uso de la palabra, creo que la solución es especificar cada vez más lo que fue y puede seguir siguiendo el fascismo.

C. Contaba Lion Feuchtwanger en su novela *Los hermanos Opperman* (1933) lo tarde que la población alemana, y la judía en específico, se dio cuenta de los peligros del nazismo y su dimensión genocida: “Lo que había aprendido de la historia es que era asombroso que los amenazados en cada momento pensaran en ponerse a salvo demasiado tarde”. ¿Estamos dándonos cuenta tarde de algo?

F. Es una pregunta compleja, tanto para ti que la haces como para mí que he sido llamado a responderla, porque en este contexto, por utilizar una metáfora, ni tu ni yo somos los “judíos” de este contexto público. Soy un hombre blanco europeo que se ajusta a todos los clichés de la mayoría. Somos “la norma”. Por eso es aún más difícil tanto para mí como para quienes son como yo detectar señales de un desplazamiento del contexto democrático. Yo, nosotros, al igual que los “buenos ciudadanos alemanes” entrevistados después de la guerra por Walter Kempowski (2015), podemos ver los signos de lo que está sucediendo, pero no podremos captarlo plenamente a menos que prestemos atención a aquellos que ya están en proceso de ser excluidos del contexto público y de nuestra idea de sociedad. Llevo más de diez años acompañando a chicas y chicos de toda Europa a lugares del horror del siglo

XX, como Auschwitz. Más de 20.000 personas de las cuales una pequeña parte podrían, por las más variadas razones, identificarse con las víctimas de aquella monstruosidad: minorías étnicas, religiosas, sexuales y discapacitados son un porcentaje muy pequeño de las masas de personas que visitan Auschwitz cada año. La inmensa mayoría de las personas a las que hoy aflige este pedazo de historia no habrían sido enviadas al campo de exterminio. De hecho, algunos, tal vez, habrían estado al otro lado de la alambrada. La memoria pública que debemos construir sobre la base de la historia no sólo debe estar al servicio de las posibles víctimas, sino que debe dirigirse ante todo a los posibles verdugos y a esa multitud, a menudo silenciosa, que a lo largo de la historia ha sido muchas veces testigo sin actuar. Un compromiso colectivo que realmente podría, por una vez, cambiar la historia.

REFERENCIAS

- Adorno, T. W. (1984). *Modèles critiques*. Payot.
- Albanese, M. y Del Hierro, P. (2018). *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network*. Bloomsbury Publishing.
- Anderson, B. (2016). *Comunità immaginate. Origini e fortuna dei nazionalismi*. Laterza. (Ed. or. 1983).
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Paidós.
- Bernhard, P. y Klinkhammer, L. (ed.) (2017). *L'uomo nuovo del fascismo. La costruzione di un progetto totalitario*. Viella.
- Canfora, L. (2003). *Crítica de la retórica democrática*. Crítica.
- Canfora, L. (2004). *La democracia. Historia de una ideología*. Crítica.
- Canfora, L. (2008). *Exportar la libertad. El mito que ha fracasado*. Ariel.
- Cavazza, S. (2003). *Piccole patriae: festa popolari tra regione e nazione durante il fascismo*. Il Mulino.
- Collotti, E. (2000). Fascismo, fascismo. En E. Collotti (a cura di), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*. Laterza.
- De Felice, R. (1970). *Le interpretazioni del fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1974). *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Vol. I. Einaudi.
- De Felice, R. (1975). *Intervista sul fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1978). *Autobiografia del Fascismo : antologia di testi fascisti, 1919-1945*. Minerva.
- De Felice, R. (1981). *Mussolini il duce. Lo stato totalitario (1936-1940)*. Vol. II. Einaudi.

- De Felice, R. (2001). *Breve storia del fascismo*. Mondadori.
- De Luna, G. (2022). *Fascismo e storia d'Italia. A un secolo dalla marcia su Roma. Temi, narrazioni, fonti*. Feltrinelli.
- Dogliani, P. (2016). *Il fascismo degli Italiani. Una storia sociale*. Utet.
- Eco, U. (2017). *Il fascismo eterno*. La nave di Teseo.
- Eco, U. (2018). *Contra el fascismo*. Lumen.
- Falasca-Zamponi, S. (1997). *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2017). *From Fascisms to Populism in history*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2020). *A Brief History of Fascist Lies.*, University of California Press.
- Filippi, F. (2020). *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*. Bollati Boringhieri.
- Filippi, F. (2021). *Prima gli italiani! (sì, ma quali?)*. Laterza.
- Filippi, F. (2023). *Mussolini también hizo cosas buenas... Las idioteces que siguen circulando sobre el fascismo*. Prometeo Editorial. (Original italiano: *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo*. Bollati Boringhieri, 2019).
- Flores, M. (2020). *Cattiva memoria*. Il Mulino.
- Forti, S. (2021). *Extrema Derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of the History and the Last Man*. Free Press.
- Gallego, F. (2006). *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*. Síntesis.
- Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista: La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Crítica.
- Gentile, E. (2002). *Fascismo. Historia e interpretación*. Alianza.
- Gentile, E. (2005). *Les religions de la politique. Entre démocraties et totalitarismes*. Seuil.
- Gentile, E. (2007). *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia Fascista*. Siglo XXI.
- Gentile, E. (2018). *La mentira del Pueblo soberano en la democracia*. Alianza.
- Gentile, E. (2019). *Chi è fascista?* Laterza. (Ed. esp. *Quién es fascista*. Alianza).
- Gobetti, E. (2023). *E allora le foibe?* Laterza.
- Greppi, C. (2020a). *L'antifascismo non serve più a niente*. Laterza.

- Greppi, C. (2020b). *La storia ci salverà. Una dichiarazione d'amore*. Utet.
- Greppi, C. (2021). *Il buon tedesco*. Laterza.
- Griffin, R. (2010). *Fascismo y modernismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*. Akal.
- Guisado, D. V. y Bordel, J. (2021). *Salvini & Meloni. Cómo la derecha radical conquistó la política italiana*. Edicions i propostes Culturals.
- Habermas, J. (1999). *La constellation postnazionale*. Feltrinelli.
- Hametz, M. F. (2012). *In the Name of Italy: Nation, Family, and Patriotism in a Fascist Court*. Fordham University Press.
- Judt, T. (2008). *Sobre el olvidado siglo XX*. Taurus.
- Kempowski, W. (2015). *Lei ha mai visto Hitler?* Sellerio.
- Levi, C. (2005). *Cristo se detuvo en Éboli*. Gadir.
- Levi, C. (2020). *Miedo a la libertad*. Altamarea.
- Loff, M.; Vieira, T. y Guerra, F. (2022). O "Novo Normal". *Securitização, Precariedade e (Des)Integração Europeia em Tempos de pandemia*. Página a Páginas.
- Pansa, G. (2003). *Il sangue dei vinti*. Sperling & Kupfer.
- Pisanty, V. (2022). *Los guardianes de la memoria. El retorno de las derechas xenófobas*. PUV.
- Platón (2010). *La República o el Estado*. Espasa Calpe.
- Popper, K. (1945). *The Open Society and its Enemies*. George Routledge & Sons.
- Rochat, G. (2008). *Le guerre italiane 1935-1943. Dall'impero d'Etiopia alla disfatta*. Einaudi.
- Rodrigo, J. y Fuentes, M. (2022). *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Deusto.
- Sabatucci, G. (2007). *Storia contemporanea. Il Novecento*. Laterza.
- Salvemini, G. (1966). *Le origini del fascismo in Italia. Lezioni di Harvard*. Feltrinelli.
- Sidera, A. (2020). *Feixisme persistent. Radiografia de la Itàlia de Matteo Salvini*. Saldonar.
- Straehle, E. (2022). Fascismo. ¿La llama sigue ardiendo? *Nueva Sociedad*, 302. <https://nuso.org/articulo/302-fascismo/#footnote-7>
- Tomasoni, M. y Rina Simón, C. (2021). Ecos imperiales: diálogos sobre la *imperio nostalgia*. *Jerónimo Zurita*, 9, 11-33.
- Traverso, E. (2002). *Totalitarismo, storia di un dibattito*. Ombre Corte.

- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2016). Espectros del fascismo. Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI. *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 50, 4-20.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.

Dado que el texto original de la entrevista al historiador Francesco Filippi está en italiano, este artículo aparece publicado en italiano a continuación en este mismo número 7 de *Con-Ciencia Social*. La traducción del italiano al castellano ha sido realizada por los autores de la entrevista: César Rina Simón y Matteo Tomasoni.